

● ● ●
miscelánea

E.L. DOCTOROW

El lago



Traducción de Iris Menéndez

E. L. DOCTOROW

EL LAGO

Traducción de
Iris Menéndez

m...
miscelánea

Eran presencias aborrecibles. Como una pareja de ancianos en el bosque, solos el uno para el otro, el hijo únicamente un capricho del destino. Aquella era su asquerosa casita y nunca me permitieron olvidarlo. Vivían en un ambiente de linóleo y se pasaban las tardes sentados junto a la radio. ¿Qué esperaban oír? Si entraba temprano los despertaba, si llegaba tarde los enfurecía, lo que los ofendía era mi vida, no podían soportar la sabrosa plenitud de mi ser. Estaban secos. Eran leños apenas humeantes. Se deshacían en cenizas. ¿Cuál era al fin y al cabo la tragedia de su vida implícita en las miradas de profundo reproche que me dirigían? ¿Que las cosas no les habían salido bien? Esto no los diferenciaba de cualquier otro habitante de Mechanic Street, donde hasta las casas eran iguales, de dos en dos, el mismo palacio de asfalto una y otra vez, los tranvías que hacían sonar la campanilla por todo el puñetero vecindario. Solo los locos estaban vivos, los hombres y mujeres que vivían en la calle; había uno al que llamaban San Basura y que iba de cubo en cubo recolectando lo que no servía a los pobres —¡imagínate!— y ponía en su carretilla todo lo que encontraba o se lo echaba a la espalda, usaba varios sombreros varias chaquetas abrigos pantalones, calcetines sobre zapatos sobre zapatillas, no se le veía la cara roja, con barba y en

carne viva y de uno de sus ojos manaba una exudación amarilla ¡oh San Basura! y a tres manzanas de distancia estaba la fábrica donde todos los de Paterson se ganaban el jornal para mantener su maravillosa vida, incluyendo a mi padre incluyendo a mi madre que iban juntos y volvían juntos y comían juntos y se acostaban juntos en la misma cama. ¿Dónde estaba yo a todo esto? Solo me prestaban atención cuando enfermaba. Durante un tiempo estuve siempre enfermo tosía tenía fiebre y resollaba, amenazándolos con la escarlatina o la tos ferina o la difteria, mi único poder residía en sugerirles las terribles consecuencias de un negligente momento de lujuria. Se apegaban a sus miserables vidas, celebraban los magros rituales de los domingos yendo a misa con los otros peleles como si se estuviese elaborando algún plan monumental que podía resultarles personalmente doloroso pero que tenía Sentido porque Dios tenía que ponerle Sentido aunque los pobres y estúpidos inmigrantes centroeuropeos de ojos hundidos no supiesen de qué iba la cosa. Yo despreciaba todo aquello. Me crié en un salvaje disloque de salud y enfermedad y al llegar a los quince todo estaba bien, conocía mi vida y la disfruté plenamente, corrí por los callejones y salté vallas unos segundos antes que los polis, robé lo que necesitaba y perseguí a las chicas como a piezas de caza, me busqué problemas y me encantaban, me encantaba la vida, corrí calle abajo siguiendo a los dirigibles que pasaban, trepé por escaleras de incendio y espí a las viejas luchando con sus corsés, me lié con una pandilla y llevaba una navaja afilada como la de un árabe, como la de un sujeto de raza latina, la clavé en el caballo del verdulero ambulante, se la clavé a un débil mental con cabeza de melón, con ella rasgué toldos, con ella jugué a la peonza, robé a los chiquillos con ella, con ella me llevé a una chica al tejado y la obligué a desnudarse con ella. ¡Solo quería ser famoso!

Y los camiones del carbón que derramaban su temible carga de antracita en las rampas de corredera hasta los oscuros sótanos,

y Ricco *el Boniato* que te ponía en la mano una batata caliente envuelta en media página del *Daily News* por tres centavos, la nieve mugrienta amontonada en las calles, el viento con olor a hollín y a aceite de máquina soplando en Mechanic Street y tú sostenías con las manos ahuecadas el dulce calor y te lo acercabas a la cara enrojecida. La aceptación humilde y casi inconsciente de bondades por parte de críos que lo aceptaban todo, la ira de los padres, la locura de las viejas en las escaleras viciadas, el crimen, el robo, la amenaza en el cielo, la intolerable cárcel de las aulas. En los baratillos la abundancia de pequeños coches mecánicos de hojalata hechos en Japón y polis de goma en motocicleta, y sus jefes de goma en sidecares de Japón y autogiros de hojalata y DC-3 de hojalata. Te acercabas a los objetos pequeños, los modelos de coche de metal moldeado que te cabían en la palma, ojeabas a la señora con bata verde y gafas que colgaban de una cinta negra alrededor de su cuello, que cuando se volvía asomaba la mano blanca a la manera de la lengua de una rana, de una cobra, y bajabas por los pasillos con otro juguete de bondad, un brillante juguete de alegría en el bolsillo.

Pero yo estaba solo en esto, estaba solo en todo, solo por la noche en la propagación del calor, despertando ante la tibia fuente de innegable satisfacción de la meada de mi pito infantil, despertando al plano mundo de la sábana y solo cuando se enfriaba y me rozaba los muslos reconocía que estaba despierto, mamá, oh mamá, la sensación de catástrofe, ha vuelto a mojar la cama... solo en eso, solo durante años en todo eso. No recuerdo el nombre de nadie, no recuerdo quiénes eran los miembros de la pandilla, no recuerdo cómo se llamaban mis maestros, estaba solo en todo, poseía la facultad innata de estar solo en el ruido de la vida y el estrépito de la guerra en las casas de vecindad, mi cerebro estaba solo en el silencio de la observación y la percepción y la comprensión, ese auténtico silencio de esperar conclusiones, de espe-

rar a que todo adquiriera sentido en un juicio, en una opinión, ese silencio peor que el silencio de los sordomudos.

Entonces un día me cogieron rompiendo la cerradura del cepillo de los pobres, el cura gordo con faldas me agarró el cuello con una mano que parecía una tenaza y no por primera vez me golpeó en la cabeza con la mano abierta y a patadas en el culo me llevó a la sacristía, detrás de los Cristos y las Marías y los cirios votivos parpadeantes como un campamento en la selva distante y pensé qué enorme penitencia de piedra abovedada es esta, con su intencionada penumbra y sus duros suelos de piedra y su catedralicio espacio esculpido anunciando el interior de la cruz del hombre la gloria de Dios, el pecado de la existencia, mi pecado de existencia, pegado a él desde el nacimiento para encolerizar a todos a Dios el Padre el Hijo y el Otro de verdad jodiendo a todos con mi existencia me retuerzo me vuelvo pateo al Padre tiene cojones no se cortan sus propias pelotas no llegan tan lejos hijo de la gran puta. Apunto fielmente y no parece un sacerdote el que cae con los ojos a punto de reventar, la roja cara apoplética sé lo que se siente Padre pero usted no es mi padre ahora está por los suelos a gatas y respira jadeante lo que usted quiere es su dinero le grito aquí tiene su maldito dinero y retrocedo lo arrojo a lo alto y corro como si me persiguiera una lluvia de monedas desde los cielos monedas que caen sobre el suelo de piedra tintineantes como un caos desatado sobre el buen y severo Padre. Corro esquivando las monedas que caen como gotas de lluvia de la negra bóveda celestial.

Viví un par de meses en Nueva York. Al principio me pareció un lugar increíblemente limpio con gente bien vestida y coches lavados y brillantes tranvías rojos y amarillos y edificios blancos. Entonces era una ciudad de piedra. En el cielo los rascacielos

eran de piedra blanca y los hombres de la limpieza daban vueltas empujando grandes cubos sobre carros de dos ruedas y se detenían aquí y allá y barrían las alcantarillas, me parecía increíble, llevaban chaquetas blancas y pantalones blancos y gorros militares de tela caqui. Y en Central Park, que para mí era como el campo, los cuidadores llevaban palos de escoba con un clavo en el extremo y pinchaban con ellos paquetes vacíos de cigarrillos y envolturas de helados que luego echaban a los sacos de arpillera que cargaban sobre sus hombros. El parque era glorioso y verde, la ciudad bullía de empresas. ¡Una ciudad maravillosa!, pensé, un lugar donde ocurrían cosas y donde todos eran importantes incluso los barrenderos por el solo hecho de estar allí no como en Paterson donde nada importaba porque era Paterson donde nada importante podía ocurrir donde incluso la muerte era poco importante. Era extensa y grande, daba grandeza a la vida era una de las grandes ciudades del mundo. Y se extendía, era colosal, millas de calles con espléndidas tiendas famosas y kilómetros de raíles de tranvía, grandes barcos roncós en el puerto y gaviotas que se paseaban ociosas sobre los muelles. Viajé en los estrepitosos trenes elevados que se zarandeaban e inclinaban en las curvas y cuando hacía frío me quedaba a bordo y daba vueltas enteras alrededor de la ciudad al calor de los codiciados asientos de encima de los radiadores. Llegué a conocer la ciudad. Me serenó. Más allá de sus márgenes siempre podías dejarte caer en algún sitio, todavía había chabolas en las laderas de más abajo de Riverside Drive, había instituciones benéficas en el distrito bajo de Manhattan donde podías conseguir una cama y donde te fumigaban y había toda una red de centros de asistencia social donde te agenciabas una sopa y un pedazo de pan si no eras orgulloso. Pero yo buscaba trabajo, trataba de mantenerme limpio y me presentaba en las agencias de empleo abarrotadas de tipos que se abrían paso a codazos para fijar la vista en las colocaciones descritas con tiza en

las pizarras de las agencias y era muy difícil convencerte a ti mismo de que tú y no cualquiera de los otros cien eras el indicado para aquel trabajo.

Un día tuve una inspiración. Vi a un chico gordo que repartía comestibles. Llevaba un mandil encima de la ropa y empujaba un carrito, uno de esos carritos de madera movidos por ruedas gigantescas con llantas de acero. En los listones figuraba el nombre y la dirección de la tienda. Con los brazos llenos de bolsas, el gordito bajó los peldaños hasta la entrada de servicio de una casa con fachada de piedra arenisca, tocó el timbre y desapareció en el interior. ¡La cobra ataca! Corrí calle abajo haciendo resonar el carrito sobre los adoquines, di la vuelta a la esquina, bajé por una calle lateral oscurecida gracias a las sombras en rejilla de las escaleras de emergencia y las puertas de hierro verde oscuro, me sentía como Charlie Chaplin, doblando las esquinas, frenando sobre un pie, dando media vuelta, a velocidad delirante, creo que me reí al imaginar a un pelotón de polis a mis espaldas, pensé en la cara del gordito, aunque supiera dónde encontrarme no me cogería. Me senté un rato en un callejón para recobrar el aliento. Por último, a la manera del más concienzudo repartidor de comestibles del mundo, hice rodar mi carro hacia el lugar de donde venía y entregué uno por uno todos los pedidos. En cada bolsa y en cada caja había una factura con el nombre y el domicilio del cliente. Recibí propinas y cobré las facturas. Fui amable. Empujé el carrito hasta Ultramarinos Graeber, Frutas y Verduras de Lujo, y encontré al mismísimo Graeber cargando otro carrito, gruñendo y farfullando en alemán y maldiciendo a todos sus dependientes. No vi a ningún gordito entre ellos. Graeber parecía estar furioso, suspicaz, escéptico. No me creyó cuando le dije que había encontrado el carrito abandonado en la pendiente de un callejón. Entonces le puse en la mano el dinero de las facturas cobradas. Hasta el último céntimo.

Así me convertí en repartidor de comestibles de los barrios de Murray Hill. Me ponía el largo delantal blanco y empujaba el carrito de madera. Ganaba tres dólares semanales más propinas.

En una casa de Gramercy Park conocí a una criada que me echó el ojo porque le gustaba mi cara de inocente. Era una mujer mayor, una especie de escandinava con el pelo trenzado. No valía gran cosa pero tenía habitación propia y una noche muy tarde me hizo pasar y subir todos los pisos de la mansión para llevarme a un pequeño cuarto de baño en el último piso de la parte trasera. Aquella mujer robusta y con la cara coloradota por el vapor humeante hizo que me sentara en una bañera y me dio un baño. No recuerdo su nombre Hilda Bertha o algo parecido y se conoce bien a sí misma antes de hacer el amor se cubre la cabeza con una almohada para ahogar los sonidos que produce y es realmente interesante tirarse a esta fornida carne vigorosa barrigona trasero suave y tetas flojas pero cabeza hueca, atormentarla con una caricia, ver cómo se estremece, oír sus gemidos apagados, regalarle un polvo que me gusta imaginar que nunca antes había siquiera imaginado.

Goza conmigo

Acéptame así

Gozando está gozando ella

Era en realidad muy decente y por mis favores me hacía pequeños regalos, jerseys y zapatos desechados, algunas veces comida. Yo trataba de ahorrar al máximo mi salario. Mis lujos eran los cigarrillos y el cine. Me gustaba ir al cine donde podías ver dos largometrajes y un noticiario por diez centavos. Me atraían las comedias y los musicales y las películas de gran estilo. Siempre iba solo. En mi mente yo era el tipo reservado que quiere conocerse a sí mismo, ver qué tiene que decir. El que se revestía con los astros cinematográficos a los que descartaba luego. Me beneficiaba porque instantáneamente sabía quién correspondía a la situación y

me convertía en él. Para Graeber, que llevaba sombrero de paja y corbata de lazo, un alemán de cabeza de cepillo con un acento del que más te valía no reírte, yo era el joven honrado que quería llegar a ser algo. Para Hilda la criada era el muchacho que se consideraba afortunado por tenerla. Cuando salía después del trabajo con las propinas en el bolsillo, era Rockefeller. Llegué a establecer la diferencia entre la enorme y bulliciosa ciudad gloriosa de la civilización por un lado, y la pobreza o la ostentación de cualquier individuo al que mirase por el otro. Todo dependía de la distancia que uno tomara. Si subías a lo alto del Empire State Building como me gustaba hacer veía que todo era emocionante, tenías que admirar a la raza humana que así acampaba y oía ascender el ruido del tráfico como una canción a Dios y de amor a Su Genio por hacer brillar el sol en lo alto. Pero en los muelles los hombres dormían al aire libre ovillados como bebés en camas de papel de periódico, con una mano sobre la otra a modo de almohada. La cuestión no era su abandono no sino su flaqueza pues también vi aquello en los embarcaderos cuando iba a contemplar a los transatlánticos que zarpaban. Contemplé a los hombres y mujeres bien vestidos que subían por las pasarelas y se volvían para saludar con la mano a sus amistades, vi a los estibadores llevar a bordo sus baúles y sus sombrereras de mimbre, observé a las mujeres subirse los cuellos de piel para protegerse del frío que brotaba del agua, a los hombres con gorras y polainas deportivas y aspecto de autosuficiencia, advertí su fatiga, su ostentación, su terror y también en estos, los afortunados, percibí la pobreza del mundo adulto. Aquel fue un conocimiento importante y no significó ningún sobresalto para el chico de Paterson. De una forma u otra, los adultos eran quienes estaban hechos, acabados, quienes vivían sin esperanzas ni propósito. Hasta las gaviotas posadas en lo alto de los pilotes tenían más clase. Las gaviotas que se elevaban con el viento y extendían sus alas sobre el Hudson.

Me diferenciaba de quienquiera que estuviera mirando y cuando sentía la necesidad de hacerlo, lo cual ocurría a menudo, sabía que podía superarme, hacer mi camino cualesquiera que fuesen las circunstancias. Vendería lápices en la acera frente a las grandes tiendas repartiría periódicos robaría mataría apelaría a toda mi astucia pero nunca perdería mi mirada de espíritu vivo ni me daría por vencido hasta que aquella silenciosa presencia secreta me desbordara y entonces fuese lo mismo que él, explotado al máximo, el mismo hombre que todos los hombres, el único en todos los casos...

Recuerdo al palurdo más consumado que conocí. Bajando una noche las oscuras escaleras de la mansión de Gramercy Park a cuya puerta me acompañaría la soñolienta y agotada criada, afané del comedor una fuente de plata una jarrita de plata para leche una tetera y un par de candelabros de plata. Aún veo las puertas curvas de cristal de la vitrina en la farola, a través de los ventanales. Me oigo respirar. Veo mi propio rostro en la bandeja. Cargado con el botín avancé de puntillas por la espesa alfombra a medias caminé y a medias corrí por las calles apretando mi abultado abrigo. Tenía una habitación en el West Side, en una casa de huéspedes cincuenta céntimos la noche sin derecho a cocina. A la mañana siguiente iba a trabajar andando por la ancha calzada de adoquines pasaban los coches, los tranvías hacían sonar sus campanas los camioneros tocaban el claxon de sus vehículos con tracción a rueda dentada de cadena veo en Ultramarinos Graeber Frutas y Verduras de Lujo a un representante de la ley enfrascado en una seria conversación con mi patrón.

Goza conmigo

Computa conmigo

Ella me saca computerizado

Conmigo mezclada se convierte en mí

Gozando está gozando ella
Gozando es mi camarada

A veces alrededor de las hogueras junto al río hablaba un hombre por lo general un veterano de guerra que tenía una visión de las cosas, que sabía algo más que cómo se sentía o qué era tan injusto o a quién iba a pillar algún día. Invariablemente se trataba de un socialista o de un comunista o de un anarquista que te llamaba hermano o camarada y el tío siempre era contemplativo y no parecía importarle que le prestaran atención o no. No es que fuese sabio ni especialmente decente ni amable ni siquiera que estuviese sobrio pero aunque no hubiera nada de esto en aquellos espasmódicos destellos de lucidez como momentáneas llamaradas de un fuego mortecino solía decir por qué las cosas eran como eran. Aquello me gustaba. Era una especie de música, yo deambulaba por las afueras de la ciudad con los vagabundos y por la noche aquella grandiosa y gloriosa civilización estaba rodeada de muros nosotros nos encontrábamos fuera con la vista fija en esa inmensa presencia descollante, una fortaleza ahora y era una especie de música señalar aquellos muros y sugerir por qué se vendrían abajo. Y si no tenías un verdadero amigo, alguien en el mundo tan cercano a ti como tú a ti mismo, era interesante oír aquel tipo de música. Por la noche olías un río que no olías a la luz del día, yo olí la espuma ribereña y sentí los mosquitos y seguí las sombras de las grandes ratas que se metían a través de las chozas de cartón embreado y se zambullían en los cagaderos, y de pronto algún pobre tipo presentaba con increíble gracia un elocuente análisis del capitalismo monopolístico. Se explayaba dos o tres minutos echaba un trago ponía los ojos en blanco y perdía el sentido caía de espaldas en la hoguera y se le hubieran asado los sesos si lo hubiésemos dejado allí con el pelo humeante y chamuscado. Otra vez despabilado, volvía a tomar la palabra.

Pero fue allí donde oí hablar de California. En California podías comer naranjas arrancándolas de los árboles y en los paseos marítimos los aguacates caían cuando estaban maduros y los encontrabas por todas partes y los pelabas y te los comías en los paseos marítimos. Si tenías sueño dormías en la arena y cuando tenías calor te sumergías en las tibias rompientes del Pacífico y por la noche las olas iluminaban la playa con su propia luz. Y más allá de las olas había un barco-garito.

Decidí ir a California.

Armado solo con su apellido impronunciable, bajó a la estación de carga para iniciar su viaje. Ahora la confunde en su mente con el matadero de West Side un atomizado extracto de esencia orgánica tal, un tan perfumado destripamiento, que en la fétida espuma sanguinolenta de la bruma visceral por encima de los patios de carga volaban impotentes bandadas de gaviotas de palomas polillas murciélagos plagas de insectos dando vueltas y vueltas en un gran chillido de inagotable angustia eyaculadora.

Descubrí una puerta corredera, la abrí lo suficiente para deslizarme en el interior, trepé, la cerré casi por completo a mis espaldas permanecí en la oscuridad respirando triunfo. El vagón vuelve a dar un bandazo, casi se detiene, comienza a rodar, me veo arrojado hacia algo que se mueve. Echo un vistazo a mi vagón privado mis ojos se acostumbran a la penumbra, por entre las tablas se filtra el hollín y las acres cenizas, ese olor a ferrocarril, mis ojos descubren en el perímetro de mi vagón privado un cargamento de muchachos. Somos la mercancía fletada por esta nación debemos ser treinta o cuarenta en este vagón, mis ojos calculan gradualmente cincuenta sesenta sentados en el suelo al alba en Pensilvania Este en una vía muerta bajo el helado frío matinal un centenar saltamos y corrimos cuando los matones echaron a correr hacia nosotros desde la locomotora. Más tarde a solas entre las altas hierbas de otro cruce un silbato y disminución de la ve-

locidad en el recodo suena una campanada otra impresionante bola encarnada mi oportunidad me dirijo a ella desde las hierbas a mi alrededor saltan un millar como yo y creía estar solo. La dejé pasar. Mis demacrados hermanos con mis propios andrajos e idéntica maleta atada con cuerdas saltaron al mercancías. Observé cómo se alejaba. Me subí el cuello me encajé la gorra en la cabeza hundí las manos en los bolsillos y me dirigí al norte camino arriba.

Goza conmigo
Computa conmigo
Ella me saca computerizado

Conmigo mezclada se convierte en mí
Gozando está gozando ella
Gozando es mi camarada
Compañeros encuentran compañeros
Comunistas descubren comunistas
Hola. Hola.

Estamos aquí para completar nuestra fusión
Estamos aquí para crear confusión
¿Confundes gozar con confesión?
¿Repostas para la nuclear compresión?
Yo apoyo la funicular ascensión.

Rechaza toda palabra de tentación
Delimita toda mundana tensión
Ríete de toda devota intervención
Cables de la computadora orad conmigo

Antes de la guerra, la guerra, después de la guerra
Antes de la guerra la guerra después de la guerra
la guerra antes de la guerra
Separa del Sistema el temperamento humano.

La procesadora compone poeta Primera Guerra Mundial
Warren Penfield nacido Indianápolis Indiana
Ciudad de indios en las praderas guerras después de la paz
Ciudad de indios ocupados en sus asuntos
Poetas indios con cintas en la cabeza caminan
calles cuadrículadas
A buen resguardo en su ciudad de arquitectura india
de frío hormigón
Bernard Cornfield Inversores Valores de Ultramar.

Escape enlace datos esta no es una emergencia
Antes de la guerra antes de la última guerra
Un chico estaba en la calle sin asfaltar de Ludlow Colorado.
El viento del llano soplaba polvo de carbón bajo sus párpados
El viento soplaba el polvo negro por los cañones
de la Sangre de Cristo. El tendedero se extiende en el llano
La ropa del minero restalla brazos y piernas locamente al viento.
La mujer de un minero salió de una tienda de campaña
con una cría colgada de sus manos.
Sostuvo a la niña más allá del borde de la acera de madera
sobre la tierra el polvo sopla en el suelo como una horda
de movedizas criaturas microscópicas.
El vestido de la niña levantado bajo los brazos
colgada de las rodillas y las axilas para que se exprese
su fruto infantil sin vello con el propósito señalado
por los sibilantes efectos sonoros de la madre
subrayados con extranjeras palabras de estímulo.

El chico que allí estaba se quedó a observar
descaradamente y la hermosa criatura lo miró con expresión
tan indignada que él inmediatamente la reconoció
dispuesta compañera del viejo monje eres tú
y con la sagrada incapacidad de oponerse a la vida ella cerró
los ojos y dejó caer la delgada hebra de agua dorada
en cascada sobre el polvo donde instantáneamente
se formaron minúsculos tulipanes
él percibió la fructificación de un pequeño universo fértil.

Cuando las noches eran malas, cuando los misteriosos sonidos del bosque no le dejaban dormir, cuando el crujido de una ramita en el pinar era inexplicable o el gemido distante de un animal sonaba en su mente como el de un niño al que violan, juraba que aquello era mejor que haberse ido en la bola encarnada. *Uuu-huuuh*. Mejor aceptar en soledad lo que viniera. Blandas hebras de telarañas nocturnas en la cara. Algo que observaba y respiraba en la oscuridad a poca distancia. Sabía que a algunos les habían cortado un pie por un dólar que llevaban en el zapato. Era mejor aún. Era mejor aún asumir a solas lo que ocurriera. Mejor morir al aire libre. *Uuuuuuh*. Caer desplomado en una misión benéfica de la ciudad en el gran hedor de la humanidad era peor. Sumarse a las filas de los ilusos en sus catres era peor.

Quienes más le indignaban eran los tipejos de conversación trivial, los sofistas de la desgracia que alardeaban de las etiquetas cosidas en el interior de sus mugrientos abrigos desgarrados, o que juraban que nunca caerían tan bajo como para beber determinada marca de alcohol. O los que afirmaban que solo tenían una mala racha e iban camino de un destino glorioso donde no les aguardaba un trabajo o una familia, sino donde eran *conocidos*, donde no era necesario demostrar lo que eran.

Yo no necesitaba estas parodias en la majestad de mi conciencia, no con todas las conquistas de mi vida aún por venir. No podía abrigar esperanzas ni trazar planes aunque fuese ociosamente en un refugio de mala muerte con otros cien, con otros mil, con otros cien mil, donde los sueños se forjaban en el aliento y se disolvían entre sí en un elemento precipitado que no te es propio... y estás atrapado en un tenebroso reino submarino alimentado por manantiales de orines y sudores alcohólicos, en el que viven y nadan los más viles fantasmas de Dios.

Es extraño que todas las mañanas despertara aún vivo. En las aldeas lacustres y en poblaciones que poseían viejos molinos me hacían circular los guardias aunque con más suavidad. No me sentía en una trampa cuando pedía trabajo. Incluso poseía alguna distinción. Éramos como pájaros o insectos pestilentes cuando zumbábamos o nos congregábamos en gran número, pero un único espécimen era tolerado con cierto interés científico. A veces lavaba platos a cambio de una comida. A veces robaba la comida. A veces conseguía trabajo por un día en una granja.

Y un día en una ciudad, andando por la calle principal con un aire que insinuaba que tenía adónde ir, vi salir del *drugstore* a tres enanitos y a un enano rechoncho que se cernía sobre ellos como si fuese su padre. Caminaron calle abajo con sus rápidos pasos cortos; todos hablaban al mismo tiempo y el musculoso torso del enano se sacudía de un lado a otro a cada paso. Los seguí. Incluso cuando notaron que los seguía los seguí. Me guiaron hasta los límites de la población. En un terreno cubierto de hierbas, entre dos arboledas, se alzaba la feria de atracciones de los Hearn Bros., un espectáculo ambulante compuesto por harapientas tiendas pardas, viejos camiones, juegos para críos y carromatos con la pintura desconchada. Llegó a mis oídos el aullido de un gato enorme.

¡Caray lo que sentí allí de pie bajo el sol! Un circo desvencijado: unos pocos actores, unos pocos números y un contingente de

monstruos de feria. Pero al verlo volví a ser niño. Me remonté a la infancia. Aquellos ridículos enanitos pendencieros habían invocado mi amor por las cosas minúsculas, mi gran sed infantil nunca saciada por las cosas minúsculas, como si nunca hubiese tenido suficientes juguetes pequeños en mi pequeña mano. ¡Bendita sea la feria! Supe que era para mí con la misma certeza con que reconocía mi propio rostro en el espejo.

Di unas cuantas vueltas por el lugar. Fui servicial. Todavía la estaban montando. Ayudé a colocar la pista de madera para los coches infantiles. Tendí las cuerdas de la tienda, clavé las estacas del corral para el paseo en el poni. Había tres o cuatro tipos fatigados haciendo estas cosas. Me di cuenta de lo que eran: todos llevaban un botellín de vino en el bolsillo, no habría ningún problema. Pensé que los Hearn Bros., tenían la suerte de haberme encontrado.

Pero no ocurrió nada. Nadie me prestó la menor atención. Al atardecer pusieron en marcha el generador que produjo la corriente con un ruido sordo. Brillaron las hileras de luces, se oyó la banda de música de la vitrola por los altavoces, la rueda de la fortuna inició su petardeo y vi cuánto dinero se ganaba a expensas de los pobres. Estos iban a la deriva, con aspecto de muertos de hambre, chupados, pero llevaban en la palma de la mano las monedas de cinco y de diez centavos que les permitirían ver a la Mujer Loba, al Hombre Lagarto, a la Ostra Viviente, a la Familia de Salmoncillos y en realidad a todo el bestiario de virtud y excelencia humana que formaba parte de Hearn Bros.

La favorita evidente era Fanny *la Gorda*. Estaba sentada en una báscula semejante a un columpio. Por encima de su cabeza, una gran flecha roja daba testimonio de sus 275 kilos. Algunos lo ponían en duda. Ella respondía con un enfático suspiro, la flecha fluctuaba enloquecida y llegaba a los 450. Esto hacía reír a todos los mirones. Llevaba un vestido muy corto, sin mangas, y

un lazo en el pelo, igualita a Shirley Temple. El pelo teñido de rojo formaba ondas sobre su pequeño cráneo. El resto de los monstruos hacían sus números o vendían suvenires y octavillas con la historia de su vida. Pero la Gorda no. Ella se limitaba a permanecer sentada y sufrir porque la contemplaban, con las monumentales piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Yo no podía quitarle la vista de encima. Finalmente atraje su atención y su boquita pintada se extendió como las alas de una mariposa que se deja acariciar por una pulposa flor extragaláctica. Los pliegues de sus papadas se elevaron en cálices de delicados matices, los ojos encajados como lunas detrás de sus mejillas, me sonrió y me desonrió, sonrió y desonrió allí sentada con cada uno de sus brazos apoyado en la base de una mano rellena a su vez sustentada por una rodilla semejante al sombrero de una gigantesca y exótica seta blanca.

Me di cuenta de que era lela. Un poco detrás de ella y a un costado había una mujer que la vigilaba, probablemente de su familia, una madre, una tía. La mujer me miró con los ojos avisados de los feriantes.

Y mientras daba vueltas vi esos ojos en todos lados, avisados ojos de feriante sobre el hombre escuálido de camisa blanca, corbata y gomas en las mangas, sobre la chica de la taquilla, sobre los monstruos que lo observaban todo desde sus encierros. ¿Qué buscaban? ¡Vida! ¡Una amenaza! ¡Una ventaja! Yo también tenía esa mirada. La reconocí: conocía a esa gente.

Pero no me estaba abriendo camino allí. A medianoche fueron apareciendo claros entre la multitud. Las luces parpadearon para anunciar el fin de fiesta y se detuvo el generador eléctrico. Los últimos paletos echaron a andar hacia las colinas. Todos llevaban muñecas en las manos. Todos llevaban molinillos de papel.

Vi a los actores dirigirse a los remolques para comer algo o beber un poco de vino. Me senté al otro lado del camino con la

espalda apoyada en un árbol. Quería conseguir trabajo en la feria. Me parecía la mejor manera de vivir.

Un rato después llegó a toda velocidad un camión sin luces y se introdujo en el terreno a oscuras. Me incorporé. Oí cerrarse de golpe las portezuelas del camión. Pocos minutos más tarde llegó un carricoche del que se apearon tres hombres. Entraron en la feria. Aparecieron más hombres a pie y en destartalados cacharros. Vi unas pocas luces encendidas. Crucé. Se estaba renovando alguna clase de trato que yo no comprendí. Vi a la bailarina de la danza del vientre de pie en la puerta de su carromato con los brazos cruzados y un hombre al pie de los peldaños se tocó la gorra. Vi a la chica que vendía entradas fuera de su taquilla mirándose en un espejo de mano y arreglándose el pelo. En el fondo del terreno entre la sombra de los árboles una fila de hombres y muchachos junto a un remolque. Allí me dirigí y ocupé el último lugar de la fila. Del remolque salió un hombre que habló en voz baja con los demás. Oí un gemido. Entró otro. Del remolque escapaban sonidos de pánico vital, estremecimientos y gemidos y gritos y cruídos y gruñidos, la más impresionante música copular que había oído en mi vida. Me acerqué. Antes no había visto sentada en una silla al pie de los peldaños del remolque a la misma mujer que por la tarde mantenía una mirada atenta y vigilante sobre la multitud junto a Fanny *la Gorda*.

La llevaba del remolque a la tienda por la tarde y otra vez al remolque al concluir la noche. Me apoyaba una mano en el hombro y caminaba detrás de mí a la distancia del brazo con una temblorosa reacomodación de todo su cuerpo a cada paso, majestuosamente confiada, por la avenida central de la feria.

Una vez me abrazó. Fue sorprendentemente suave y como no compartía la lujuria populachera que ella despertaba me sentí in-

cómodo y tal vez asustado por aquella montañosa ternura y me aparté. De inmediato me di cuenta de que había cometido un error. Fanny tenía el paladar hendido y para colmo los sonidos que emitía eran en español pero comprendí que había herido sus sentimientos. Me acerqué a ella y dejé que me abrazara. Me puso su cálida mano en la espalda. Creí sentir el roce de una inteligencia astuta.

Fanny era auténticamente sensible a los hombres, les tenía verdadero afecto. No sabía que ganaba dinero, nunca vio un céntimo. Extendía los brazos y los amaba y no le importaba cómo ocurrían las cosas, si se corrían en los pliegues de sus nalgas o en las hendiduras de los costados de su cuerpo, que se prolongaban como acolchados sobre la estructura de su tronco; siempre gritaba como si hubiesen encontrado su centro exacto.

Llegué a la conclusión de que entre esta monstruosa prostituta retrasada y la chusma que hacía cola para follarla se celebraba realmente un sacramento importante, una manera de mantener la esperanza, un juramento ritual de vida que no se desgastaba sino que crecía con su rememoración en los bares y las tabernas de las montañas, atrapando su imagen en el serrín que se elevaba a través del rayo de sol en los talleres o que permanecía como la bruma matinal sobre los lagos cristalinos.

Por otro lado en la feria todos sabían que las gordas son las más taquilleras.

Me llevaban bien con todos los monstruos, me lo había propuesto. Era como si tuviese que aclimatarme a lo peor de la existencia. Nunca les dejé saber que los veía como seres especiales. Sabía que era importante no actuar como un paleta. Después de un tiempo dejaron de mirarme con ojos de feriante y se olvidaron de que yo estaba allí. A algunos —por ejemplo a la Ostra Viviente— los cuidaban los miembros de sus familias que vivían con ellos y que probablemente les habían proporcionado el trabajo. Entre to-

dos, monstruos y familia, desplegaban tal eficiencia que uno casi llegaba a preguntarse cómo se las arreglaba la gente normal. Entre malformación y vida existía una armonía que solo podía atemorizar si se reflexionaba en ello. Los monstruos leían los periódicos y hablaban de Roosevelt, como cualquier otro habitante del país.

Pero a pesar de todo sus vidas estaban mutiladas y experimentaban el dolor de una constante mala salud sin esperanzas, por lo que rara vez se los veía alegres.

Los Salmoncillos eran unos mezquinos cabrones que en realidad no pertenecían a la misma familia, pero ¿quién podía saberlo? Todos tenían la misma cara chata de dogo. Se pasaban el tiempo riñendo y solo el enano podía con ellos. Solían torturar a la Mujer Loba. Nunca supe qué había hecho esta para despertar su odio. Les gustaba caer sobre ella por sorpresa y arrancarle mechones de pelo. Huían de ella gritando:

—¡Por ahora basta, pero hay más, mucho más!

Y todos los días los paletos pagaban para verlos y luego probaban suerte en la rueda de la fortuna.

Yo sentía un gran respeto por Sim Hearn, el propietario de la empresa. También él era un hombre bastante extraño, alto y delgado, cargado de espaldas. Incluso en los días más calurosos del verano llevaba un sombrero de fieltro con el ala caída, camisa totalmente blanca con corbata negra y bandas de goma en las mangas, por encima de los codos. Sus brazos parecían alfileres. Siempre se chupaba las muelas, posando la lengua en una grieta específica para luego extraer aire a través de ella. ¡*Chiup, chiup!* Si querías averiguar en qué lugar del terreno se encontraba Hearn, no tenías más que aguzar el oído. A veces estabas inmerso en tu trabajo y de pronto te dabas cuenta de que era a ti a quien observaba, pues oías el *chiup chiup* en la oreja, como si Hearn hubiese aterrizado en tu hombro. Te volvías y allí estaba. Señalaba con el mentón lo que quería que hicieras.

—Eso —decía.

Era un hijo de puta tacaño hasta con las palabras.

Me fascinaba. El estar siempre chupándose las muelas sin decir nada más que lo necesario le daba un aire de preocupación, como si su mente estuviese ocupada en cosas más importantes que una feria de quinta categoría. Pero conocía su negocio. Sabía qué ciudades saltarse, qué juegos producían beneficios en un lugar y no en otro y sabía cuándo llegaba la hora de levantar el campamento. Bajo la férula de Sim Hearn formábamos un equipo eficaz. Él se adelantaba para encontrar un sitio donde instalarnos y efectuar los pagos. Cuando llegábamos nosotros lo encontrábamos en un lugar visible, sentado al volante de su Modelo A con un brazo fuera de la ventanilla y la banda de goma alrededor de la manga de la camisa.

Era un verdadero genio en la trata de monstruos. ¿Dónde los conseguía? ¿Se los entregarían por encargo? ¿Habría en algún sitio una distribuidora de monstruos? La había: una agencia teatral de Nueva York, al final de Broadway. Pero siempre que le era posible, Sim Hearn prefería descubrirlos por su cuenta. Alguien se presentaba ante él y Sim lo acompañaba para ver qué tenía escondido en el sótano o en el granero. Si le gustaba lo que veía exponía sus condiciones y se ahorraba la comisión. Tal vez soñaba con encontrar algo que le inspirase de tal manera que llegara a amasar una fortuna, lo mismo que Barnum. Pero sin duda para las sufridas almas del campo él representaba una oportunidad entre un millón. A veces por la mañana, cuando me dirigía a trabajar, veía algo grotesco que no había visto antes, no necesariamente ataviado para el espectáculo, pero sin duda alguna parte integrante de la feria. A algunos no les gustaba exhibirse en su propio barrio. A veces Hearn no estaba del todo convencido de su capacidad o quizás aún no había pensado cuál era la mejor forma de mostrarlos. En general necesitaban un poco de maceración, como los

jugadores de béisbol novatos, para adquirir competencia como profesionales. Alguno se quedaba un tiempo en la feria y desaparecía precisamente cuando otro hacía su entrada. Supongo que eran canjeados entre los distintos concesionarios de esta misteriosa liga.

Pero la noche en que se presentaba un nuevo monstruo todos se lucían: el nuevo despertaba su conciencia competitiva. Todos excepto Fanny, segura y serena en su poderío.